

Manos de mujeres tejiendo historias



Una aproximación al hacer textil
desde las labores de cuidado

Carolina Rosa Rincón Rincón

“Mano fuerte va barriendo, pone leña en el fogón, mano firme cuando escribe una carta de amor, manos que tejen haciendo nudos, manos que rezan, manos que dan... mano vieja que trabaja va enlazando algún telar...”

**Canción “Manos de mujeres”
Martha Gómez**

Mis exploraciones en relación con el hacer textil surgen como una necesidad de encontrar un espacio propio, en el que pudiera refugiarme y alejarme un poco de los niños, de la casa, de las abrumadoras cargas del cuidado.

Entonces, decidí hacer una colcha de retazos para Isabella, la menor de mis tres hijos, pues le gustaba acostarse en el suelo a tomar su biberón y me daba pesar que pasara frío. Así, diseñé una colcha didáctica, que además de protegerla del frío le permitiera aprender y jugar. La colcha estaba formada por nueve retazos, cinco dedicados a las vocales y cuatro a los números. Sobre cada retazo cosí apliques que yo misma diseñé, así el primer retazo de la colcha estaba dedicado a la letra “a” y llevaba cosido además de la letra un avión, la letra “e” llevaba un elefante, la “o” un oso y así con las demás letras y con los números.

Era una época un poco difícil, en lo cual no podía darme el lujo de comprar telas, así que reciclé ropa vieja, camisas, camisetas, sábanas de distintos colores y texturas. Recorté cada una de las piezas que formarían la colcha, compré algunos hilos y me puse a coser. Cosía por las tardes y por las noches, muchas veces hasta la madrugada, pensaba en mil cosas, recordaba, añoraba, reía, proyectaba, lloraba.

Ese fue un ejercicio complejo de aprendizaje, en el que no solo aprendí de forma autodidacta a coser sino que a través del

hacer textil me aprendí, me descubrí. A la vez era algo paradójico, pues por una parte quería huir del cuidado, pero por otra estaba construyendo una pieza textil destinada a cuidar, a proteger, a abrigar. Entonces mientras cosía cuidaba. Y muchas veces tenía que interrumpir mi labor para atender a los chicos, preparar la comida, poner la lavadora, limpiar la casa.

Tres o cuatro meses después terminé la colcha e inicié otros proyectos, pero siempre atrapada en el cuidado: estudiando y cuidando, trabajando y cuidando, cosiendo y cuidando, tejiendo y cuidando. Atrapada en mi propia telaraña, librando una lucha entre el cuidado y mi realización personal y profesional.

Estas reflexiones y molestias en torno al cuidado, a las labores femeninas en el ámbito doméstico, al tiempo que empleamos en ello, a los sacrificios que implican esas labores para las mujeres, me encaminaron a aventurarme en otro proyecto, esta vez más ambicioso y aunque no es textil, es algo que también realizo con las manos, la razón y el corazón.

Entonces inicio la maestría en Estudios de género en la Universidad Nacional y decido desarrollar mi proyecto de investigación en torno al estudio y análisis de los trabajos de cuidado realizados por mujeres adultas mayores y la manera como dichos trabajos se relacionan con la construcción y ejecución de sus proyectos de vida.

La realización del trabajo de campo me ha permitido acercarme a la vida de tres maravillosas mujeres, conocer sus historias, sus frustraciones, sus anhelos, sus tristezas, sus alegrías, y compartir con ellas las mías.

“Yo siempre he hecho todo... cuando tenía quince años mi mamá murió en un accidente y mis hermanos eran pequeños entonces yo los cuidaba y cocinaba para ellos y le ayudaba a mi papá con la finca”. Me cuenta Gladys mientras observo detenidamente sus manos.

Las manos de Gladys duelen, le duelen, me duelen, están completamente dobladas por la artritis pero poseen una destreza sencillamente sorprendente, pues cuida, limpia, cocina, lava, y vuelve a cuidar, limpiar, cocinar, lavar... todos los días, todo el día está en un constante hacer repetitivo, monótono, hipnótico y adictivo como el tejido.

La observación de la cotidianidad de Gladys me hizo reflexionar sobre varios puntos de conexión que existen entre el hacer textil y los trabajos de cuidado, así pues se trata de labores feminizadas, lentas, laboriosas, cuidadosas, repetitivas que tienen lugar en el ámbito doméstico y que en gran parte se realizan con las manos.

Labores que se pueden prolongar durante toda la vida, como en el caso de Mery, toda una vida dedicada al cuidado de su familia, pero especialmente dedicada a Samuel, su hijo con discapacidad cognitiva. Cuarenta y cinco años procurando que no le falte nada, que esté cómodo, que sea feliz, que la gente no lo lastime. Cuarenta y cinco años y los que faltan...

La vida de Mery ha sido una vida de sacrificio, de entrega permanente e incondi-

cional a un ser vulnerable que demanda cuidados. Cuidados que ha realizado en solitario, de forma esmerada y con una dedicación casi exclusiva, al punto de olvidarse de todo lo demás, incluso de ella.

Ella, que trabaja incansable todos los días repitiendo las mismas rutinas para que Samuel no note nada extraño, para que esté cómodo y feliz, para que todo sea perfecto... casi imperceptible.

Las labores de cuidado así como el quehacer textil son labores carentes de reconocimiento, a pesar de la laboriosidad y cuidado que implican no son valoradas, son invisibilizadas y solo son perceptibles cuando no se realizan, cuando por ausencia de estas se pone en peligro el sostenimiento de la vida.

Cuidar, en palabras de Joan Tronto, es “una actividad característica de la especie humana que incluye todo lo que hacemos con vistas a mantener, continuar o reparar nuestro mundo, de tal manera que podamos vivir en él lo mejor posible. Este mundo incluye nuestros cuerpos, nuestras individualidades y nuestro entorno, que buscamos tejer juntos en una red compleja que sostiene la vida”¹ (Tronto, 1993, citado en Paperman) (Arango Gaviria & Molinier, 2011).

Sin embargo, tejer esa red no es sencillo. Aprender a tejer puede ser algo complicado, no a todas las personas se les da fácilmente. A veces, mantener, continuar o reparar nuestro mundo se convierte en un ejercicio de sobrevivencia. Y de esto, de sobrevivencia, sí que sabe Pilar; quien ha tenido que mantener y reparar su mundo a pesar de las dificultades.

1. Arango Gaviria, L. G., & Molinier, P. (2011). *El trabajo y la ética del cuidado*. Medellín - Bogotá.





“...Cuando yo no tenía más que un solo vestido y unas chanclas horribles y viejas, entonces me acordaba de mi mamá. Mis papás se separaron cuando nosotros éramos pequeños, fueron tiempos difíciles pues a veces solo desayunábamos chocolate sin pan y sin nada y ya, y al almuerzo era una sopa con papa y maíz y ya... yo veía sufrir mucho a mi mamá... pero con todo y eso ella siempre se preocupó porque comiéramos algo, porque tuviéramos nuestro uniforme, porque fuéramos al colegio. Le tocaba duro porque vivimos de lo que daba el campo y de los tejidos de mi mamá, mi abuela hilaba la lana y mi mamá tejía a mano, pero la gente no daba nada por eso.

...Mis primeros años de matrimonio fueron más duros, pues mi esposo siempre estaba de parranda y yo encerrada en la casa, mal vestida, triste e intentando que rindiera la comida, como hacía mi mamá.

...Entonces un día saqué fuerzas de donde no tenía y dejé a un lado el miedo y fui a una entrevista que me había conseguido una amiga para trabajar como aseo y me dieron el empleo y aún sigo trabajando como aseo, gracias a Dios, porque con eso he sacado adelante a mis hijos, como hizo mi mamá con nosotros, pues si de mi esposo hubiera dependido nos hubiéramos muerto de hambre”.

Esto me cuenta Pilar mientras se seca las lágrimas con sus manos, muy bien arregladas pero cansadas de tanto trabajar. Pilar habla con tristeza, pero a la vez con satisfacción, satisfacción por el deber cumplido, satisfacción por haber mantenido y reparado su mundo y el de los suyos, por haber tejido su red.

Esta aproximación al hacer textil desde las labores de cuidado pretende no solo mostrar las similitudes existentes entre ambos oficios sino también rendir un homenaje a las manos de las mujeres, a nuestras manos, manos que cuidan, manos que limpian, manos que cocinan, manos que sostienen, manos que abrigan, manos que escriben...manos que tejen.

Como parte de mi proyecto he bordado las manos de las mujeres participantes en la investigación que a manera de rúbrica dan autenticidad a los relatos y a la vez constituyen un homenaje a sus manos, a las manos como herramienta fundamental para el hacer textil y los trabajos de cuidado.

El material textil que acompaña a este texto está conformado por tres piezas textiles que llevan por título “Bordando con cuidado”, realizadas con la técnica de bordado por Carolina Rosa Rincón Rincón.

Carolina Rosa Rincón Rincón

Madre de tres hijos, abogada y estudiante de la Maestría en estudios de género de la Universidad Nacional. Formo parte del colectivo Artesanal Tecnológica en el que participo como investigadora empírica. Me gusta tejer, coser y bordar.